

Editorial

Algunos destacados políticos mexicanos han señalado que la ciencia debe ser negocio y, en caso contrario, no debe apoyarse. Es cierto, la ciencia produce conocimientos que, más temprano que tarde, resuelven problemas acuciantes de la humanidad. Por eso puede generar ingresos y también recursos. Es decir, la ciencia es negocio para los que la hacen. Pero aplicar conocimiento científico al desarrollo tecnológico implica hacer ciencia básica; los países que no la hacemos pagamos grandes cantidades de regalías por el uso de dichas tecnologías, lo que nos convierte en naciones altamente vulnerables ante episodios como la reciente epidemia de influenza.

La crisis sanitaria por la que atraviesa México debido al brote del virus de influenza humana no sólo corrobora las consecuencias catastróficas que trae consigo el abandono de la ciencia y de la tecnología, sino que pone en evidencia que éstas constituyen una condición tanto para el desarrollo del país en el concierto mundial como para la propia supervivencia de sus habitantes en momentos críticos como los que hemos vivido.

La carencia de un proyecto de Estado que conciba a la ciencia como un factor imprescindible de su crecimiento ha ocasionado que nuestro país dependa del extranjero. Como en otros casos, en el de la influenza humana esto hace preciso que sean otros países los que determinen la naturaleza del virus y nos provean de los antivirales y vacunas correspondientes. En las condiciones actuales y bajo las políticas vigentes, la tragedia nacional que ha puesto en evidencia el brote epidémico no promete revertirse.

Así como corresponde al gobierno impulsar políticas coherentes con las necesidades de la sociedad y con las exigencias de nuestro tiempo, quienes estamos involucrados en la generación, transmisión y transferencia del conocimiento estamos llamados a plantear propuestas viables y pertinentes en lo que atañe a nuestro quehacer.

Los científicos no podemos olvidar que nuestra función es servir a la sociedad, y que nuestros trabajos están financiados, en la mayoría de los casos, con fondos públicos. Pero el Estado y los gobiernos no pueden concebir a la ciencia y a la tecnología como un proceso accesorio en el devenir del país, porque los indicadores internacionales coinciden en señalar a la investigación como un factor crítico en el desarrollo humano y en el crecimiento económico.

Consolidar la ciencia y la tecnología mexicanas exige nutrirlas de perspectivas múltiples y comprehensivas y articularlas con la realidad del país. No sobra señalar que la investigación no se puede subordinar a las reglas impuestas por la dinámica del mercado; por el contrario, debe estar al servicio del bienestar de la población para seguir contribuyendo a la definición de la soberanía nacional y a la formación del ser, la identidad, la historia y el porvenir.

Esta edición aborda temas científicos tan importantes y variados como los marcadores moleculares, el reto biotecnológico del chile habanero, un estudio sobre la pitahaya y otro sobre la riqueza y regionalización de los peces en México. Reflexiona además sobre las evaluaciones federales al mundo académico, las reuniones de premios Nobel en la isla de Lindau y la trayectoria del anatomista y científico danés Niels Stensen. Enfoca aspectos de la narcolepsia, la nanotecnología y la influenza. En suma, reivindica por su contenido la trascendencia que supone contar con información de calidad para enfrentar los desafíos contemporáneos. Además de fuente de conocimiento, este número de contenidos variados y heterogéneos evidencia que la ciencia no constituye un lujo, y que crear una cultura científica entre los ciudadanos constituye una necesidad impostergable.

Rosaura Ruiz Gutiérrez
Presidenta de la AMC